

Rita Indiana

PAPI

PERIFÉRICA



LARGO RECORRIDO, 26

Rita Indiana

PAPI

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2011
SEGUNDA REIMPRESIÓN: julio de 2016
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© Rita Indiana Hernández, 2005, 2011
© de esta edición, Editorial Periférica, 2011. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN:978-84-18264-62-7

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Papi es como Jason, el de *Viernes trece*. O como Freddy Krueger. Más como Jason que como Freddy Krueger. Cuando una menos lo espera se aparece. Yo a veces hasta oigo la musiquita de terror y me pongo muy contenta porque sé que puede ser él que viene por ahí. La musiquita es a veces mami que me dice que papi llamó y que dijo que viene a buscarme para llevarme a la playa o de compras. Yo me hago la loca segura de que no viene por ahora porque al que le van a hundir un machetazo en la cabeza no le avisan, por eso es que van tan brutos y se acercan a los arbustos o al closet, de donde sale una luz misteriosa, diciendo: Helen? O dizque David?, cuando se sabe que quien está detrás de los arbustos no es Helen ni David sino papi, con su bate de softball de aluminio levantado o un hacha o un pico.

Papi está a la vuelta de cualquier esquina. Pero una no puede sentarse a esperarlo porque esa muerte es más larga y dolorosa. Lo mejor es hacer otros planes, quedarse con la

pijama puesta y ver todos los muñequitos desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche o incluso salir a pasear, que es un juego que se inventó mami y que se llama: si papi te quiere, que te encuentre. Pero Jason sabe más que eso y se desaparece por meses y hasta años, hasta que a mí se me olvida que existe, entonces la musiquita de terror es el mismo papi dando bocinazos desde su carro y yo bajo los escalones de cuatro en cuatro para que él me vuelva carne molida lo más pronto posible.

Pero en lo que más se parece papi a Jason no es en que se aparece cuando una menos lo espera, sino en que vuelve siempre. Aunque lo maten. Cuando papi se fue la primera vez para los Estados Unidos con una cubana que no quería que papi le mandara dinero a nadie, mi abuelita Cilí dijo: está muerto para mí. Y cuando papi le dijo a mami que se iba a casar de nuevo, pero no con ella, mami le dijo: te me moriste. Y yo creo que una vez que papi me dejó esperando yo lo llamé por teléfono y le dije: ojalá te mueras. Y me imagino que muchas otras gentes también le deseaban la muerte, como a Jason, que no hace falta un detective para descubrir que todos le teníamos ganas y que cuando nos pasaron el puñal lo hundimos no una sino muchas veces (como éramos tantos y estaba tan oscuro, quién se iba a poner a contar), y es que además por matar a Jason no meten a nadie preso.

Por eso cuando me dijeron que él iba a volver yo había dejado de esperarlo hacía tiempo y había visto un millón de veces su regreso, la ropa con que papi iba a volver, cómo iba a bajar del avión, oliendo el aire salado, arrodillándose para lamer el suelo.

Y luego, esto también ya yo lo había visto: cómo se calza los tenis Nike, pero se deja el traje de 2.000 dólares y mientras el oficial de migración le pregunta si viene de visita papi se pone en posición de salida con las manos en el suelo, con una pierna hacia atrás y la otra recogida, y cuando el sello cae sobre el pasaporte él sale disparado y comienza a correr y a correr y en su mente también corre desde el Aeropuerto Internacional Las Américas hasta la Feria, hasta el frente del edificio de la Lotería Nacional, hasta la casa de su mamá, como le había prometido a Gregorio Hernández, el santo doctor, si le concedía volver rico, y ahora vuelve y todo ese dinero que ha ido amasando vuelve con él.

Y nosotros a él también lo hemos estado amasando, te hemos estado esperando, papi.

Te estoy esperando en el balcón de la casa de tu mamá, en casa de Cilí. Te espero con los puños cerrados y la boquita pegada a la barandilla fría del balcón, imaginando cómo vas a saltar del carro hasta el balcón (que está en el tercer piso) y cómo vas a cargarme y vas a decir que estoy más

grande y que ya casi no puedes cargarme, pero qué va, tú vas a poder cargarme siempre, y me cargas y me aprietas y me besas la frente y yo hundo la cabeza en tu cuello para oler tu perfume «de fuera», para ver si has cambiado de perfume, para ver.

Ya todo el mundo sabe que estás volviendo, que vas a regresar, que vuelves triunfante, con más cadenas de oro y más carros que el diablo. Ya todo el mundo lo sabe. Ya están imaginándose cómo regresas a ellos, a cada uno de ellos, y cómo cada uno te ha estado esperando y ha estado fantasmearlo y ha estado anunciando en el barrio, en la casa, por teléfono: vuelve.

Y se sueñan contigo llenando la maleta con regalos para ellos y se sueñan que tú sólo trabajas para ellos, sólo vives para ellos, sueñan que tú les debes todo en la vida, en sus sueños. Se imaginan el reencuentro. Tú, con tu traje de plata, tus zapatos de azabache, corriendo desde el aeropuerto, no, pagando un avión del aeropuerto a sus casas para, antes que nada y primero que todo, tocarles la puerta y despertarlos con una ducha de billetes verdes que saben a azúcar de pastelería.

Y el día llega y todos y cada uno se despiertan, se echan un cubo de agua, se deshollinan. Éste es el día, el día en que va a saberse lo que es bueno, en que tú vas a volver para retribuirles a ellos todo lo que ellos te dieron cuando eras

un hijo de machepa, todos los fósforos que te prestaron, los fondos de cerveza que te brindaron, las bolas en la cola de un motor que te ofrecieron. Algunos han hecho una lista en sus mentes de cada cosa que les debes y por cada cosa escriben, también en sus mentes, lo que vas a traerles, la forma en que ellos creen que debes pagarles. Y cuando la lista es muy larga (porque han anotado hasta las veces que te dirigieron la palabra) empiezan a pedir prestado, comienzan a endeudarse, a despilfarrar esa fortuna que ya sienten suya, esa fortuna que irremediablemente describirá una perfecta trayectoria de churria radiante desde tus bolsillos hasta las caras, las manos, las bocas, los pechos de todos ellos; tus sobrinos, primos, hermanos, amigos, concuñados, allegados, vecinos, compañeros de escuela, tíos, padrinos, compatriotas, amigos de un tipo que está casado con una doña que es hermana de un fulano que se graduó de la Marina un año después que tú.

Y se organizan, se están organizando a ambos lados de la avenida bordeada de palmeras porque todos han tenido la misma idea, ir a tu encuentro, y se han preparado, pancartas en mano, banderolas, letreros, cruzacalles que dicen güelcon güelcon! Otros que no pensaron tan rápido ahora se suben a las palmeras de la Avenida Las Américas para dejarlas calvas y ponerte las pencas verdes en el suelo, otros se tienden ellos mismos en el asfalto para que les pases por encima, otros traen camiones electrizantes, con torres de bocinas que tocan *El Triste* de José José

porque una noche te brindaron un picapollo y ponían esta canción y piensan que es una buena forma de refrescarte la memoria. Y otros vienen en camionetas con los vidrios tintados y en el techo altoparlantes por donde vocean consignas y relatan anécdotas sobre ellos y tú. Otros vienen disfrazados de miembros de la Defensa Civil para poder empujar a los demás y dicen: Vamo a organizarno, vamo a organizarno, agitando batutas con sus chalequitos naranja que a la legua se ve que son hechos en casa. Pero la gente por fin se va organizando, ponen sus nombres en un libro que una doña va pasando (y la doña también vende dulce de maní) para que sepas quién vino a recibirte y quién no, y ahora se ve el avión descendiendo y las mujeres comienzan a caer en trance y a botar espuma por la boca y los hombres con chorrera en las piernas bailan el perrito agarrados a los bompers de los carros.

Y aquí vienes, aquí vienes corriendo. La gente se ha organizado a ambos lados de la avenida, una cuerda los separa de tu cuerpo, pero ellos estiran los brazos para que tú les choques esos cinco sin dejar de correr y ya te has quitado el traje de 2.000 dólares y llevas un jogging suit azul cobalto de 1.700 dólares, y ha comenzado a llover y la gente saca paraguas y plásticos para cubrirse y un palomo corre detrás de ti con un pedazo de cartón para que no te mojes la cabeza, pero sudas tanto que parece que te estuvieras mojando anyways y detrás de ti una caravana de carros con sirenas, patanas, camiones, motores y

motonetas, y muchos corriendo y otros en sillas de ruedas, en bicicletas, alumbrándote con luces de halógeno entre la lluvia porque se está haciendo oscuro.

Y la gente comienza a distinguir la caravana de réplicas del Pontiac Trans-Am que se manejan solos que papi trae para vender. Decenas de trajes de 5.000 dólares que papi trae para ponerse. Miles de relojes, cadenas, anillos y guillos de oro blanco que se ajustan sobre el cuerpo de papi con sólo pensarlo y que papi no piensa apearse ni muerto. Y hay quien sale con un bebé en brazos para que papi se lo bautice (el cura, la madre y el monaguillo con la pila bautismal también juyendo) y hay quien mata un puerco en nombre de papi para que una doña lo alcance y le acerque el tenedor a la boca para que papi sople el puerco asao y luego ñau, se lo trague sin dejar de correr. Y así le van matando gallinas, chivos y guineas todo el camino y él, sin dejar de correr, va probándolo todo, y cuando un perico ripiao, que también corre, le toca *Compadre Pedro Juan*, para que se sienta como en casa, papi hace como que baila, con una mano sobre el abdomen y otra levantada, meneando el fundillo, pero acelerando el trote.

Y antes de que yo pueda tocarlo lo vemos en la tele, chocando manos desde el aeropuerto hasta la feria, trotando, volviendo, trotando, sudando, corriendo, a veces, por un par de segundos, se pone dos dedos en el cuello y mira su reloj caminando. Dos palomitos de la Defensa Civil

le pasan un par de Nikes azules cada dos kilómetros porque se le gastan las suelas, y el señor del noticiero de las seis de la tarde con una foto de papi sobre su hombro derecho dice: el niño mimado de Quisqueya vuelve, y hacen un re-play de las imágenes que han capturado hace unos minutos: papi bautizando un bebé, una anciana metiéndole a papi un trozo de cerdo en la boca, papi sonriendo y juntando sus dos manos por encima de su cabeza como los ganadores. Luego en la pantalla los autos y las cadenas y una mujer encinta que cae desmayada por la impresión.

Me asomo al balcón para ver si ya llega y lo que llegan son las vanettes de los canales de televisión a esperarlo, una hilera de presentadores en la acera, micrófonos en mano señalando hacia aquí. Yo saludo con la mano desde el balcón de Cilí y cuando entro para ver si en las noticias dicen por dónde anda papi, me veo en la pantalla en el balcón de Cilí diciendo adiós con una mano.

Papi tiene más de to que el tuyo, más fuerza que el tuyo, más pelo, más músculo, más dinero y más novias que el tuyo. Papi tiene más carros que el tuyo, más carros que el diablo, tantos carros que tiene que venderlos porque no le caben en su propia marquesina. Papi tiene carros que hablan y te dicen que te pongas el cinturón y que cierres la boca, en inglés, francés y otros idiomas. Papi los maneja, uno diferente cada día, porque son tantos que tiene que repartírselos, uno por la mañana, uno por la tarde y otro por la noche, es decir cada cuatro horas. A veces uno incluso para el almuerzo. Uno para irme a buscar al colegio, uno para ir a mi primera comunión, uno para visitarme los domingos, uno para ir a visitar a su mamá y otro para sus hermanas, un Jaguar para el día de los padres, un Camaro para el día de los enamorados, un Be Eme Doble u para las inauguraciones, un Ferrari para llevarme a comer helados. Un carro que usa cuando va a traerle a mami mi mensualidad, uno para cuando viene a decirle a mami que quiere volver con ella y otro (por lo

general un Mercedes baby descapotable) cuando viene a decirnos que vuelve a casarse con otra y que nos invita a la boda y deja los muebles de mami impregnados con su perfume que es muy fuerte, más fuerte y más caro y más bueno que el perfume que usa el tuyo, si es que acaso tu papá ha visto alguna vez uno.

A mami le da dolor de cabeza.

Papi tiene carros con los vidrios negros, por donde no pasa ni una lucecita, y que además tienen cortinitas negras para que no pase ni una lucecita. Carros que te dicen quién fue que dejó la puerta abierta o quién se está comiendo los mocos, carros largos y gordos, carros a los que se les abren las puertas levantándolas hacia arriba, que hacen que la gente se aglomere alrededor cuando todavía no nos hemos desmontado, que hacen que un montón de niños y jóvenes y viejos casi todos negros y descalzos venga corriendo a tocarnos porque creen que es una nave en la que aterrizamos papi y yo, casi siempre frente a una cervecería o un car wash en el Malecón, y vienen a tocarnos a nosotros y al carro y le preguntan a papi por el carro, por mí y por el carro y papi les responde sin mirarlos, como si no fuera importante, como si los carros volaran desde siempre, como si papi y yo estuviésemos aterrizando en un carro que parece una nave frente a todas las cervecerías del Malecón todas las tardes, y es verdad.

Y papi se desmonta y deja el carro abierto para que los niños, los jóvenes y los ancianos (casi todos negros y flacos y descalzos) puedan subirse y activar el limpiavidrios y las luces y abrir las puertas que se abren hacia arriba como alas de gaviota, como en una nave. Y, a veces, papi hasta les da la llave para que lo enciendan y salgan volando, pero son tan brutos que hacen tres piruetas y luego se estrellan en el mar o en los arrecifes del Malecón o se quedan enredados en el tendido eléctrico como zapatos muertos.

A papi ni le importa. Ni que se maten, ni que le dejen los carros empalados encima de un cocotero, como tiene tantos. Papi lo que hace es que inmediatamente saca una foto del accidente con una polaroid y se la regala a los niños, jóvenes y viejos que han sobrevivido, que en cuanto damos la espalda se entran a trompadas por la foto.

Mi papi tiene tanta ropa y tiene tantos closets para guardarla que a veces cuando quiere ponerse una camisa tiene que comprarla de nuevo porque se olvida en cuál closet es que está. Y tantos poloshirts con el hombrecito jugando polo en el pecho que tiene como quince closets para guardar los poloshirts, uno para cada día de su vida, si él quiere. Y estos poloshirts aunque los laven tienen el perfume de papi todo el tiempo y aunque los laven se les queda y aunque papi los mande a lavar no se les quita y cuando papi quiere cambiar de perfume tiene que cambiar

toda su ropa y comprarse toda esa ropa de nuevo y comenzar por el principio.

Mi papi tiene más carros que el diablo. Mi papi tiene tantos carros, tantos pianos, tantos botes, metralletas, botas, chaquetas, chamarras, helipuertos, mi papi tiene tantas botas, tiene más botas, mi papi tiene tantas novias, mi papi tiene tantas botas, de vaquero con águilas y serpientes dibujadas en la piel, botas de cuero, de hule, botas negras, marrones, rojas, blancas, color caramelo, color vino, verde olivo, azules como el azul de la bandera. Botas feas también. Botas para jugar polo y para cortar la grama. Botas de hacer motocross, mi papi tiene motores, motonetas, motores ninja, animales domésticos, four wheels y velocípedos. Papi tiene el pelo rizado, negro y rizado, porque cuando era marinero y tenía uniformes, blancos, kakis, botas, una escopeta de palo, una escopeta de mentira para hacerse fotos, mi papi tenía el pelo muy corto, porque en la Marina de Guerra se lo cortaban a caco, con una navaja eléctrica que hacía zum zum y le quitó lo que le quedaba de rubio en la cabeza, porque es que papi cuando era niño era muy rubio, con el pelo casi blanco, casi albino, y muy lacio y muy largo porque se atoró un día con un pedazo de plátano y su mamá le prometió a la Virgen de la Altagracia mientras papi se iba poniendo como una aceituna negra que le iba a dejar crecer el pelo a papi si se lo salvaba del plátano y por eso en todas las fotos papi tenía su pelo muy rubio, muy lacio y muy largo y le hacían

muchas fotos en las que casi nunca se le veía la cara, sólo el pelo muy largo, y en las que si se le veía la cara parecía una niña, con una trenza muy larga y muy blanca que le llegaba hasta la cintura más o menos.

Pero ahora lo tiene negro y tupido y corto, un mini afro. Papi tiene amigos que lo peinan y que vienen a peinarlo, con blowers y un cepillito redondo, cilíndrico, que suena cras cras en el pelo de papi que es muy negro y muy rizado. Los amigos de papi, los que lo peinan y lo afeitan y le cortan las uñas y se las pintan con un brillito transparente, también me peinan a mí, me lavan la cabeza en el lavamanos, me lo secan con una toalla y me lo secan luego con un blower y un cepillo redondo, cilíndrico, más grande que el de papi, porque mi pelo todavía está medio rubio, y no tan lacio, ni tan largo, ni tan albino. Después nos echan gotitas mágicas en el pelo a los dos y nos dicen que somos muy bellos y muy iguales y yo me veo en el espejo con la melena casi rubia y es verdad que soy casi igualita a papi.

El blower también es de papi, y los cepillos y el amiguito que viene a lavarnos el pelo y a peinarnos y a secarnos y a pintarnos las uñas de colores, a mí de rosado, que luego se me descascara y papi, que también tiene removedor de esmalte en una gavetita y limas y piedras pome y cremas hidratantes y aceite de cacao y aceite johnnson, me sienta en sus piernas y me saca el cuté rosado con un algodoncito

y otro algodoncito que caen al piso y parece como si estuvieran sucios de sangre.

Papi pierde la cuenta de los jackets que tiene, de los que le regalan sus amigos dueños de discotecas, que mandan a hacer jackets, relojes y gorras con sus iniciales bordadas en oro para regalarlos en las inauguraciones y en las fiestas de fin de año a las que papi llega con una novia, un carro y un par de botas nuevas. Más nuevas que cualquier cosa que vayas a tener tú o tu papá, si es que acaso sabes lo que significa tener uno. Jackets con logos o sin ellos, azules, jackets como los de los peloteros, jackets fosforescentes, enormes, acolchados, jackets en los que me sofoco desde que me los pongo, pero yo me los pongo y no me importa, yo me los pongo todos en cuanto papi se va y me quedo sola con todos los closets de papi y me meto en todos sus walk-in closets y me pongo todos sus jackets y me quedan muy bien. Un poco grandes, pero eso está a la moda, pienso, y me pongo un jacket de papi y unas botas de papi y camino el pasillo entre el primer closet y el último con cada combinación, sonando las botas claca claca claca porque ese sonido a mí me gusta mucho y me siento como un vaquero, como en otro mundo.

Cuando papi me ve con los jackets me dice que a él le da calor verme con ellos puestos y yo no entiendo. Que a él le da calor verme con ellos puestos. Yo me los dejo puestos y papi suda, suda, suda, suda, suda, suda muuucho. Se pone